





LOCURA,
SUEÑO
Y REALIDAD



Stefan Radojicic

LOCURA,
SUEÑO
Y REALIDAD





Primera edición: enero 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Stefan Radojicic

ISBN: 978-84-17548-92-6

ISBN digital: 978-84-17548-93-3

Depósito legal: M-41819-2018

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

ifo@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*Con todo mi cariño para todas
aquellas personas enamoradas
del arte y la lectura*



Solitario

Soy el lobo que vaga entre mis pensamientos, sobre el falso equilibrio de los sentimientos y sensaciones de palabras, escritas con tinta de miedo, tatuadas en papel de valor.

Bosque

Moví la cortina y dejé correr el agua mientras me desvestía, esperando que llegara a la temperatura idónea para ducharme. La rocé con los dedos del pie derecho mientras mantenía mi equilibrio, ayudado del apoyo de la pared recubierta de losas color crema. Me introduje bajo la cascada, dejando que el calor del líquido corriera lentamente bajo mi cuerpo.

Enjabonado con espuma de color rosado y perdido en mis pensamientos más profundos, observo bajo la ventana blanca que abre, no nueva por la humedad, una civilización levantada. Desde un bosque de árboles color violeta de troncos oscuros y marrones, hasta seres diminutos, refugiándose bajo ellos y en las grietas de la madera. Me veo envuelto en un torbellino de agua y vapor, recorriendo el cuarto de baño, mareándome.

Despertado bajo la copa del padre, meciéndose entre las rocas puntiagudas y desgastadas. Anduve sin rumbo entre el laberinto dorado y la niebla espesa, en busca del regreso a la ducha, que no acabada, dejé trotando al agua. Tras las fisuras del suelo, seres asomaban apuntándome,



mientras me señalan como presa de caza. Agujereado por el soplido de puntas finas y asesinas, lanzadas contra mi pecho y cuerpo desnudo, caía desplomado al césped no podado, relleno de insectos curiosos, succionadores de polen atractivo y seductor.

Volviendo a ser despertado por el chorro que abofetea mi rostro, pienso que debería cambiar la ventana antes de que más moho floreciera, quizás también positivo sea no quedarse atolondrado de pie, para no curar golpes equilibristas.

Tardes de falso verano

Principios de marzo, gafas de sol, gorra y camiseta de manga corta. Acaba de comenzar el tercer mes del año y hace calor. Es extraño, debería ir en sudadera y chaqueta, teniendo las orejas frías. No me quejo, pues la verdad que el momento es placentero.

Paseo, pero prefiero melodía mientras veo los trenes ir y venir. El color anaranjado rojizo del atardecer, se filtra por la ventana mientras me acaricia la piel. Su autor se esconde tras los tejados y nos brinda su sonrisa, dejando a su amada brotar con la brisa.

En cama

Perdí la cuenta del número de noches que pasé llorando a escondidas en la cama.

Olvidé la cantidad de veces que fui decepcionado, marginado o humillado.

Desesperado por parar de estar cansado, dejar de ser el raro, parar de gritar para mis adentros sin poder decir una sola palabra, incluso arrasado por situaciones superiores, sin solución ni motivo en el que pudiera coger el mando.

Quizás todo fue culpa mía por haber nacido, mostrando ser distinto que el resto a mi lado; a lo mejor por callar, apuraron hasta la última gota de autoestima, ganas y sonrisa.

Solo, acosado, acurrucado sobre mí mismo y en oscuros, turbios y fugaces pensamientos de marcha para empezar de cero; o partida hacia la lejanía sin retorno ni conocimiento.

Y aquí me hallo, escribiendo, llorando y amargado de dolor; buscando una solución por ser el foco sobre el que todos descargan su ira y rabia acumulada, arruinando y cargando la penumbra de otro con tortura.

Sesenta

Maldigo el día que decidí lanzarme a subir la montaña más alta jamás alcanzada. Elevada como ninguna, escarpada, granizada y desgastada en tramos llenos de animales pintados.

Salvajes acantilados a ambos lados, en este llano que camino acalorado. Sudando sin gota de poco cansancio, encuentro entretenidas pequeñas subidas rocosas, alpinistas parlantes amables, bufandas atadas ondeantes; refugios solares refrescantes poco abundantes, cuyo gozo albergo entrando por la puerta de roble cobrizo resquebrajado, esperando el umbral donde calentar mis manos.

Agotamiento absoluto, cada vez que subo por estos sesenta escalones abrumadores, de mi nuevo piso alquilado.

Cansancio

Desabrocho pesas colgadas en mis párpados que intentan caer y cerrarse. Caja empapelada llena de secretos e imágenes tomadas, guardadas bajo llave sin código escrito. Escaladores asegurados con cuerdas de pestaña, tiran para no perder la vida y disfrutar de la adrenalina. Si me encierro no lo cuento, no me protejo, ni busco el momento.

Mecerme entre las telas que guardan la puerta del olvido y la realidad. Llave que tan bien te escondes, llena de metales oxidados y colmillos punzantes; déjame tocarte sin desbordar el río de mi sangre. Poderoso el guardián del portal que alberga el deseo; pesadilla no olvidada, inmortal de miedo y terror. Caballero armado sin piedad, sin rostro que mostrar.

Siento pánico de entrar, donde no solo los sueños logran escapar, donde el control de tu cuerpo no es racional, donde tu consciencia encerrada en la prisión más cuidada, se golpea sin cesar, contra el cristal que la sujeta amordazada y despedazada.

Interesante adicción apoderada de los sentidos, obligados a visitarte cada noche en mi hogar. Solitario viaje de posible no retorno, sin pizca de locura.

Espejo

Cada mañana que me levanto, veo mi rostro demacrado en el agua que limpia mi cara. Dolores físicos insufribles y memorias atormentadas por sucesos de años pasados.

Lleno de ojeras, sueños rotos, palabrerías sin más que el odio de la guerra entre personas humanas. Perdido por completo, sin esperanza, sin fe, sin razón para seguir existiendo en el infierno solitario que nadie ha superado.

Ni la más bella canción, ni el más sincero abrazo, calman mi sed por el amor que ellos han dejado. Veo mi reflejo que devuelve los mismos ojos hundidos sin ilusión, por seguir trabajando para no probar ni el más mísero bocado.

Ya no me reconozco, demasiado tiempo he dejado pasar para poder hacer algo; viejo y sin familia, atropello injusto que arrancó su vida. La mía ya no tiene ni día ni comienzo, pues a su fin llegó hace tiempo.

Vagar eternamente es mi único cobijo, ayudando al que necesita mi mano para poder seguir e irse olvidado.

Angustia

Atrapado entre paredes, sumido en la oscuridad, a solas con el miedo y la quimera que dormita bajo la cama.

Impotencia que me invades, odio que me alimentas, dichoso de tu compañía.

Rabia que me acoges, ira que me acaricias, ciego del dolor que a trizas me arrancaría.

Harto de los gritos aterradores, a causa de las agresiones que oigo cada noche.

Metro

Otro día cualquiera por el que soy pasajero del transporte público, camino del centro por asuntos técnicos. No hay mucha gente por suerte, puedo ir sentado observando las paradas y carteles de las estaciones.

Acaba de entrar una chica con vaqueros azules, camiseta blanca a juego con sus zapatillas, auriculares puestos y apoyada se ha quedado en la puerta orientada hacia mí. Tiene algo que embauca los sentidos, por un momento y nada más cruzarse nuestros ojos, es como si el tiempo se hubiera parado, y por segundos lo único que oigo es mi respiración acelerada a cámara lenta.

No entiendo que me pasa, estoy nervioso y noto un cosquilleo que me remueve las tripas, no es mareo ni tampoco malestar, es algo certero como el cantar del ruiseñor enamorado. Estoy muriendo por abrazarte en este momento, no paramos de mirarnos pero he de apearme y no quiero si no es contigo.

Desconozco tu nombre y tu origen, pero veo en tus ojos la humildad, ternura, consuelo y timidez que en el mundo se ha perdido. No soy adivino ni tampoco brujo,

aunque es evidente que algo especial y diferente esto es.

Sujetado del cristal por el que ahora debo salir, estás a mi lado y nuestros dedos buscan los del otro. El roce encuentran y el afecto florece a segundos de bajarnos juntos.

Retiro

Enormemente grande este parque, cuyo centro está lleno de agua del lago, surcado por barcas capitaneadas turísticamente por personas de la capital y menos extranjeros, alberga abundante vegetación desastrosa para aquellos alérgicos, que se olvidan de no visitar sus encantos en plena primavera calurosa y seca.

Sentado entre leones petrificados de metal, algo oxidados sus mordiscos y rugidos están, tostándose en el chapoteo aliviador del pataleo de los patos.

Ciclistas, corredores y paseadores, ejercitadores del cuerpo que se cuidan en el pulmón de la ciudad. Familias merendando tumbadas en el césped, donde unos entrenan, otros se achicharran y algunos perros olfatean jugando.

Suelo pedregoso, arenoso, quizás lleno de lodo según el día lluvioso. Vigilantes, artistas y viento que acaricia más o menos fuerte, dependiendo de su estación en el ambiente.

Escaleras, cuestras y amores de parejas ocultas en el paraje nuboso. Pájaros voladores o yacedores del hambre, ante el pequeño juguetón de siete.



Verde y gris, naturaleza contaminada llena de esperanza por ser cuidada.

Siempre tranquilidad en este paraje natural, en el centro de la capital.